

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56, 1.6-7): *Guardar el derecho, practicar la justicia.*

Salmo (66, 2-8): *«Oh Dios, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Romanos 11, 13-15.29-32): *Los dones de Dios son irrevocables.*

Evangelio (Mateo 15, 21-28): *También los perros comen las migajas que caen.*

Proliferan, cada vez más, las manifestaciones reivindicativas: contra los recortes en sanidad y educación; por la falta de Políticas de Empleo; por el despilfarro en las Administraciones; a favor y/o en contra de la acogida a inmigrantes; contra la marginación de determinados colectivos; etc. Por no hablar de las contrarias a la educación religiosa en general y contra la Iglesia Católica en particular.

No se nos ocultan las penas y dificultades que, por ser cristianos, tenemos en medio de esta sociedad del “mal estar”. Constatamos que la crisis no ha afectado por igual a todas las personas y familias, que se agrandan las diferencias entre ricos y pobres, tanto en cantidad como en calidad; y que nos cuenta encontrar razones y justificaciones que dar a los más pequeños, de por qué no podemos hacer muchas cosas que antes sí hacíamos.

Algunas personas esgrimen el argumento del “siempre ha sido así; siempre ha habido ricos y pobres”. Esto, aparte de no ser verdad, es una argumentación muy pobre que no profundiza en el origen de las causas de cada época de la humanidad y que persigue y consigue que las cosas no cambien nunca, que nos acomodemos en nuestra situación y no hagamos nada para que las cosas, que pueden ser de otra manera, las apoyemos y seamos solidarios con aquellos que sufren esta situación.

Así que, abandonemos nuestras fortificaciones de seguridades insensibles y acerquémonos al dolor de nuestros hermanos de toda raza y compartamos con ellos los bienes de la tierra y acojamos todo lo bueno que tienen y busquemos una sociedad más humana, más justa, más digna, donde todos puedan convivir solidariamente.

Las personas, a lo largo de su vida, tienen diferentes etapas en las que se puede pasar de una vida mejor a una peor o viceversa; tal y como nos ha pasado en muchos países de Europa debido a la crisis económica. Y si nosotros estamos mal **¿cómo estarán todas esas personas que vienen de otras partes del mundo?**

Entran por todas partes posible, de forma legal e ilegal, con contrato de trabajo y sin él; todos movidos por la mala situación en la que se encuentran sus países e ilusionados por las imágenes que los medios de comunicación les transmiten de un mundo irreal que no se parece en nada al que tenemos montado en Occidente. También nosotros, los cristianos vivimos de alguna manera en ese mundo idealizado.

Muchos domingos y fiestas nuestros ritos están más relacionados con las reliquias de un pasado de cristiandad que con una sociedad secularizada y poco evangelizada. Nos quedamos en el cumplimiento de una norma y se ilumina muy poco nuestra realidad de cada día. La pobreza creciente de nuestra sociedad y los pobres de ahora y los de antes se siguen quedando a la puerta de los templos a esperar nuestras limosnas.

¡Así no! Así es imposible iluminar con nuestras vidas el camino del Reino de Dios que Jesús anunció y vivió hasta darnos su propia vida a todas las personas, sin distinción de sexo, raza o religión. No parece que vayamos dando pasos de acercamiento de los unos hacia los otros: Violencia de género, guerras de religión, discriminación de razas y de etnias.

El texto evangélico nos invita a ponernos delante de Jesús y presentarle la vida necesitada de los otros, a rogar por ellos, a no cejar en nuestro empeño y, de no pedir nada para nosotros. La mujer sirio-fenicia lo hace por y para su hija, que está “*enferma*”; como enfermas están muchas de las personas de nuestra sociedad que nos provocan lástima y a las que les dejamos caer unas pocas monedas. Pero no se rompe nuestro corazón por el dolor de esas personas ni nos acercamos a conocerlas, ni buscamos y ponemos medios para sanar sus heridas.

¡Qué gran momento vivió Jesús con esta mujer extranjera! No es israelita; no es judía y, encima, es mujer. Sorprendente por todas partes y a todas luces, lo miremos por donde lo miremos. ¡Qué gran hombre es Jesús! ¡Qué gran lección nos da! Escucha y habla con la mujer; percibe su necesidad en la enfermedad de su hija a la que no ve físicamente, pero sí a través del dolor de la madre; y queda “*mudo*” cuando ella acepta su condición pero reclama su dignidad de persona humana, para ella y para su hija.

«*¡Qué grande es tu fe!*». Esta mujer hace gala de ser una persona que se conoce a sí misma, de que conoce la realidad en la que se mueve, de que se arriesga a dar pasos por los demás, a buscar y poner medios a favor de una persona que necesita algo que ella no le puede dar y, por eso, es capaz de interpelar al Maestro de Nazaret y saber que va a ser escuchada y atendida por Él.

El relato resulta tremendamente educativo y transformador para las primeras comunidades cristianas procedentes del judaísmo, con arraigadas tradiciones y con dificultades a la hora de acoger a los que no las cumplían. Puede serlo también para nosotros, cristianos “viejos”, procedentes de un catolicismo de cristiandad con unas prácticas y ritos. Así que reivindicemos también nuestro derecho a manifestar nuestras creencias con la misma libertad que se le conceden a los demás colectivos.